

EL CUERPO COMO OTRO

Marcelo Barros

Trabajo para las Jornadas de Psico-oncología 11-8-06

En *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo* (1934), Emmanuel Levinas opone dos modos de posicionamiento subjetivo frente al cuerpo. Uno se encuentra ligado a la tradición judeocristiana y el liberalismo moderno. El segundo encuentra su paradigma político y filosófico en el nacionalsocialismo de Hitler. Pero el autor advierte que se trata de orientaciones del espíritu que se dan como posibilidades estructurales del sujeto más allá de su vinculación a los movimientos filosófico-políticos aludidos.

La raíz de la civilización occidental estaría en la primera orientación, que destaca la oposición, la distancia, la rebeldía y la angustia del sujeto frente a la fatalidad de lo dado, es decir, del cuerpo y del pasado histórico-social. La brecha que separa al sujeto de su mundo, lo separa también de su cuerpo del cual se encuentra escindido. Este sujeto, en tensión y conflicto con el ser, se nos revela con mayor claridad cuando se toma el caso del cuerpo como el paradigma de lo que Levinas llama “el hecho consumado”. Tener un cuerpo “es soportarlo como un objeto del mundo exterior”. Tanto el cristianismo como el liberalismo moderno se fundarían en el “sentimiento de la eterna extrañeza del cuerpo respecto de nosotros”. Pero esa extrañeza, si bien conlleva el afecto de la angustia, es también el fundamento de una posición deseante que intenta desprenderse de la fatalidad trágica de lo consumado.

Salvando las distancias, no es difícil reconocer en este sujeto que está en disyunción radical con su ser al sujeto dividido de la experiencia analítica. Se trata de una subjetividad en conflicto con su propio cuerpo en el cual no dejaremos de ver a una de las figuras del “prójimo”, de ese Otro absoluto que no es en modo alguno un semejante. Y por eso Levinas caracteriza al cuerpo como el “eterno extranjero”. La experiencia del inconsciente redobla ese extrañamiento respecto del hecho corporal, dado que no es otra cosa que el extrañamiento del sujeto respecto de sus propios dichos.

Levinas sostiene que esa hiancia entre el yo y el cuerpo queda abolida en dos casos que no dejan de ser familiares al analista: el acto y el dolor. En la acción “el dualismo entre el yo y el cuerpo debe desaparecer”, así como en el dolor el enfermo experimenta “la simplicidad indivisible de su ser”. Lo eclipsado en ambos casos es el sujeto mismo de la experiencia analítica. Bajo la rúbrica de la certeza, tanto el acto como el dolor implican un cierre del inconsciente, un rechazo de la división subjetiva y su indeterminación. Es en este punto donde el pasaje al acto y la melancolización se nos muestran como casos extremos de esta posición. La lógica que los anima va más allá de sus manifestaciones

clínicas más dramáticas, dado que está presente toda vez que en el sujeto hay un rechazo de la palabra, una negativa a dar lugar a un tiempo para comprender, al trabajo de elaboración sostenido por una posición deseante. La lógica de la melancolía y del pasaje al acto es la lógica de lo definitivo, de lo consumado, de la instancia en la que ya no cabe nada más que esperar.

Pasemos ahora a considerar lo que el autor propone como una segunda orientación del espíritu, ejemplificada por el nazismo, y que habría introducido un cisma en la historia de occidente. Nos recuerda que esta posición subjetiva no surge de una “anomalía contingente de la razón humana” sino que está vinculada a una posibilidad esencial de la persona. El hitlerismo encuentra la esencia del sujeto no en su libertad sino en su encadenamiento, lo cual significa que promueve una identidad absoluta entre el sujeto y el cuerpo en la que lo biológico se vuelve el corazón de la vida espiritual. Ser uno mismo sería, entonces, aceptar la fatalidad y el encadenamiento, identificarse con el propio Destino, estar encadenado al cuerpo “rechazando el poder de escapar de sí mismo”.

El ideal nacionalsocialista comporta para Levinas una seducción y una comodidad. Se presenta como una promesa de autenticidad y, a la vez, sortea la angustia del sujeto que se debate entre diversas ideas tratando de encontrar su verdad. Por eso el hitlerismo promueve una subjetividad que “no puede jugar” con las ideas, y que por lo tanto se rehúsa a la experiencia del inconsciente, ya que “se halla ligado sólo a algunas de ellas, como se halla ligado por su nacimiento a todos aquellos que son de su sangre.” Pero la *Stimmung* del hitlerismo trasciende su dimensión estrictamente política. Se trata de una posición primaria y elemental que reside en el encadenamiento como modo de existencia. La primacía del cuerpo es en este caso la primacía de lo consumado e irreversible. La adherencia del yo al cuerpo constituye “una unión a la cual nada podría alterarle el gusto trágico por lo definitivo”. En ello el hitlerismo no inventa nada nuevo sino que lleva al protagonismo político una orientación subjetiva dada desde siempre.

Tras la mascarada heroica y la fascinación de lo trágico, el nazismo encubre una posición melancólica que no es difícil apreciar en el carácter sacrificial que tuvo el final del régimen y la glorificación de la muerte propia de lo que Umberto Eco llama “el fascismo eterno”.

Esta perspectiva trágica está presente siempre como una seducción para el enfermo, y aparece ante el clínico como el riesgo de la melancolización. Y en efecto, es difícil, en el dolor, ser otra cosa que este cuerpo en estado de corrupción. El pasaje al acto se define como identificación masiva con el objeto, con lo que Shakespeare llama “la cosa que soy”. Sin que medie el

episodio actuador, la melancolización da cuenta de un rechazo por la palabra, de una petrificación en la que el sujeto, identificado con su cuerpo enfermo, se rehúsa a toda dialéctica, a toda invención, incluso a toda renegación que le permita posicionarse como siendo otra cosa que carne sufriente.

Nuestra época prescinde de la épica exaltada y el líder carismático. El mercado libre no se muestra, al parecer, propicio a ningún “encadenamiento” trágico. Pero las paradojas de la sociedad liberal nos confrontan con los aspectos opresivos de lo que Foucault llama la sociedad de control y que Lacan no vaciló en calificar como “un orden de hierro”. Aunque no tengamos un discurso racial que encadene al sujeto a su pasado étnico y nacional, asistimos en cambio a una difusión global de estándares corporales que pueden ser “libremente” cumplidos por gracia de las tecnologías del cuerpo. La pantalla mediática global impone, tras un aparente pluralismo, la homogeneidad y el unisexo. Si hoy la técnica nos permite elegir el cuerpo que queremos, tras esa libertad se impone la convicción de que de todos modos no seremos nada más que ese cuerpo. El cuerpo ha pasado a ocupar el lugar vacante del ideal. Entonces, el Destino ya no está escrito en las estrellas pero se nos quiere hacer creer que está escrito en los genes y la biología molecular. Tales sentencias, carentes de asidero científico, son recitadas con prolijidad oligofrénica. Una mínima dosis de epistemología debería advertirnos que una cosa es el hecho científico y muy otra cosa es la interpretación, la aplicación, y la manipulación ideológica del hecho científico. La clínica actual se muestra cada vez más determinada por lo segundo. Los psicoanalistas deberían recordarlo ante el canto de sirena de los promotores del *neuromarketing* y su erudición de contratapa.

El rechazo del sujeto, la degradación de la clínica, la expansión de la depresión, la desconfianza en la palabra, están a la orden del día. Si el cuerpo mismo ha pasado a instituirse como el propio ideal, es porque asistimos a una preocupación sin precedentes, por su control y perfección. El nazismo se presentaba como un discurso radicalmente higienista y que a la vez exaltaba la belleza, la salud y juventud del cuerpo. Fue acaso la primera emergencia salvaje de la sociedad de control y el biopoder, aunque velada por el irracionalismo trágico del discurso hitlerista. Creemos estar lejos de todo eso. Pero cabe recordad con Levinas que el encadenamiento al cuerpo no es privativo de un movimiento histórico que surgió como una contingencia, sino que es algo presente siempre como orientación existencial. Cabe preguntarse cuánto tiempo ha de transcurrir para que se tome conciencia del fondo trágico y nihilista que subyace al progresismo hegemónico que promueve la sociedad de control.

Bibliografía

Levinas, Emmanuel, *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*, Fondo de Cultura Económica, 2001, Buenos Aires

Lacan, Jacques, *La lógica del fantasma*, seminario inédito

Lacan, Jacques, *Los nombres del padre*, seminario inédito